

¡Gracias, Santo Padre!

Discurso de homenaje al Santo Padre

7 de noviembre de 1996¹

Mons. Darío Castrillón Hoyos

Pro-prefecto de la Congregación del Clero

Beatísimo Padre:

Con sentimientos de profunda alegría, fundada en el afecto y en la fe, nos reunimos hoy sacerdotes y fieles provenientes de todo el planeta, de los cinco continentes y de las islas, de las costas, valles y montes, de las ciudades y pueblos, para celebrar el feliz aniversario del Padre común, que ha alcanzado la cumbre de los cincuenta años de sacerdocio.

Vuestras Bodas de Oro Sacerdotales, Beatísimo Padre, son un hecho salvífico, que pertenece a todos y que llena el corazón de entusiasmo y de gozo.

Damos gracias a Dios que a la historia contemporánea ha hecho don del grande sacramento de vuestra Persona. Y agradecemos a Vos, amado Pastor, por este medio siglo de testimonio de vida sacerdotal genuina, rica y pluriforme.

Unidos a todos los jóvenes del mundo agradecemos al hombre fuerte Karol Wojtyła, marcado por el dolor, al hombre del sufrimiento, al hombre de la piedad y de la oración, del valor y de la iniciativa intelectual y profética, pero que dijo adiós a los estudios de filología y literatura polaca para sumergirse, al fin, en el misterio de Dios, seducido por su amor. Elegido por Dios, dejó el grupo de los amigos y de las colegas para decir sí al don de Dios.

¹ Agradecemos a mons. Darío Castrillón Hoyos su aquiescencia para publicar este discurso en *Ecclesia*.

Gracias, Santo Padre, por haber transformado el amor a la palabra humana en amor a la Palabra Eterna, hecha carne en el seno de la Virgen y que corre veloz sobre vuestros labios de evangelizador universal. Gracias por habernos enseñado que, cuando se asume la decisión de seguir a Jesús como candidatos al sacerdocio, pueden convivir el estudiante clandestino de teología en la Universidad Jagelónica y el estudiante obrero de la Solvay.

Hace cincuenta años se escribió la primera página de vuestro sacerdocio. Aquella mañana del 1 de noviembre de 1946, en la capilla privada de los obispos de Cracovia, las manos de la Iglesia en la persona de vuestro amado y respetado Príncipe Metropolitano, Adam Stefan Sapieha, se posaron sobre vuestra cabeza inclinada bajo el peso de la piedad y de los sueños sacerdotales.

El pasado y el presente se configuraban en vuestro sacerdocio, ontológicamente unido al de Cristo, el de ayer, el de hoy y el de siempre. Al día siguiente, en la cripta de San Leonardo, cerca de la tumba de San Estanislao, y al lado de los sarcófagos de los reyes y héroes nacionales, en vuestra primera misa, el día de los fieles difuntos, nos habéis enseñado a defender la memoria de la fe, tesoro inestimable de los pueblos cristianos.

El recuerdo del papá y de la mamá, que han esculpido vuestro corazón cristiano y han preparado vuestro espíritu sacerdotal, se unió a los recuerdos más bellos de vuestra nación martirizada, pero hecha fuerte por sus vivencias profundamente católicas.

Gracias por el entusiasmo contagioso del padre Wojtyla, joven vicario de Niegowic, integrado en su pueblo para hacer visible a Jesucristo. Gracias al amable «tío Karol», «*Wujek Karol*», que supo transfundir a su sacerdocio la sonrisa de los jóvenes excursionistas, que en vuestra identidad sacerdotal han descubierto la presencia del Señor.

Gracias por habernos enseñado a combinar trabajo científico con trabajo pastoral en la paciente obra santificadora del confesionario, instrumento de paz y de reconciliación con Dios, y en la entrega amorosa a grupos y movimientos eclesiales.

Gracias por haber defendido, en calidad de obispo, en la plenitud de vuestro sacerdocio, la libertad y la dignidad de la persona humana frente a los totalitarismos nacionalsocialista y marxista.

Gracias por animarnos a descubrir el hoy sacerdotal, que hace presente a Cristo en la coyuntura del tiempo y del espacio.

Sacerdote en el Sumo Pontificado, os agradecemos por haber mostrado a los jóvenes y a los sacerdotes del mundo cómo servir a Cristo en la permanencia de la propia identidad personal.

Sí, Padre Santo, gracias por no haber dejado que *Lolek* desapareciera de vuestra vida de Pontífice. Hemos visto con emoción vuestra blanca sotana jugar en la nieve de las montañas, y hemos visto con amorosa admiración vuestros firmes pies de Pontífice calzar los esquís en la nieve.

Gracias por haber conservado vivo el espíritu del tío Karol «*Wujek Karol*», atrayendo así a los corazones jóvenes hacia Cristo en las tardes estivas de Castel Gandolfo, en los estadios del mundo, en las inolvidables y fatigantes jornadas de la juventud.

Gracias por el afecto a la familia Kluger, la del amigo Jurek, afecto proyectado en la defensa de un pueblo injustamente perseguido y en el horizonte más vasto del diálogo interreligioso, en la búsqueda de la unidad de los creyentes en Dios.

Gracias, en fin, Padre Santo, por poner en lo alto a Jesucristo en el nuevo firmamento de la historia, por defender la libertad y la convivencia pacífica de los pueblos, como ideal cristiano; gracias por ser intrépido defensor de la vida contra los poderes que la amenazan y más aún la destruyen.

Gracias por el don de vuestro sacerdocio vivido en plenitud a lo largo de 50 años; este hecho nos estimula y conforta. Cuando vuestro primer párroco, el P. Buzala Kazimierz, cumplió 50 años de sacerdocio, el capellán Don Karol le regaló, junto con los fieles de Niegowic, una nueva iglesia parroquial más amplia.

Hoy los sacerdotes del mundo quieren asumir, como regalo, el compromiso por la Nueva Evangelización, para ampliar los hori-

zontes de la Iglesia y entrar así, con ardor cristiano, en el Tercer Milenio en el nombre de Jesucristo.

Y hoy, nosotros, con ocasión del 50 aniversario de vuestro sacerdocio y de vuestra primera misa, deseamos ofrecer a Vos, nuestro Padre y Pastor universal, este gesto humilde de nuestro amor y de nuestro compromiso. Padre Santo, queremos expresarlo con un cáliz y una patena; un cáliz, cuya copa está adornada con el relieve de los Doce Apóstoles. Los cuatro evangelistas nos proyectan en la nueva evangelización.

Por esto, Santidad, el signo de nuestro don por Su jubileo, intenta representar una renovada adhesión a nuestra identidad, que se enraiza en la Eucaristía y es un compromiso específico de hacer irradiar, en toda su dignidad e integridad el culto eucarístico.

Después de medio siglo de vida sacerdotal, cuantos festejan su jubileo de oro —que sin duda es un sentimiento compartido también por la grande y consoladora representación del clero joven aquí reunido— están convencidos más que nunca, por experiencia, que tres blancas luminarias alumbran la vida y hacen fecundo el ministerio: el Santísimo Sacramento, la Virgen Inmaculada y el Blanco Padre que, desde la Cátedra de Pedro, preside en la caridad universal.

Queremos ser signo claro para las nuevas generaciones. El cáliz que entregamos con tanto amor os recuerde, Padre Santo, que estos sacerdotes oran con Vos, con Vos cumplen su ministerio, con Vos imploran el don de santas vocaciones, con Vos desean cruzar la Puerta Santa del Gran Jubileo del 2000, cantando con la vida, hasta el último aliento: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hb 13, 8).